

Prólogo

En Nueva York, ahorran.

Ahorran en zumo de naranja y pan cortado a rebanadas, ahorran en café. En películas, revistas, entradas a museos (los viernes por la noche). Billetes de tren, billetes de metro, su apartamento en Queens. Era una regla básica y se atenían a ella. Ese año, Mark y Sasha vivían en el tren 7, y cuando salían al exterior, allá en Queens, Mark seguía a Sasha como un crío mientras ella miraba los precios de los colmados coreanos y comparaba unos con otros, con vistas a ahorrar en fruta, verduras y pastelitos coreanos. Ahorran en ropa.

Era 1998 y estaban enamorados. Habían acabado con la universidad, con el Moscú de la infancia de Sasha, con los suburbios americanos de Mark... y habían logrado, de alguna manera, huir de todo eso con su juventud intacta. Ser pobre en Nueva York resultaba humillante, un poco; pero ser joven... ser joven era algo divino. Con más dinero del que tenían ese año, lo único que habrían logrado sería envejecer con mayor rapidez. Así pues, con la sonrisa en los labios, ahorran.

Era 1998 y estaban enfadados. Estados Unidos había bombardeado una fábrica de medicamentos en Sudán. Estados Unidos no hacía nada en Kosovo... hasta que empezamos a soltar las bombas. Los israelíes seguían construyendo asentamientos en la Orilla Oeste, poniendo en peligro los acuerdos de Oslo, y los palestinos seguían armándose. «Contingencia e ironía, por supuesto», dijo Tom un día, en la cocina, «¿pero no nos hemos olvidado de la solidaridad?». No, no se habían olvidado.

Mark y Sasha acudían a sesiones informativas, a conferencias, a protestas en Union Square. Iban a lecturas gratuitas, a ver películas de reestreno y obras de teatro de ocho dólares. Las lecturas eran siniestras, las obras de teatro horribles y a las conferencias no iba ni Dios. Algunas de las películas estaban bien.

Sus amigos los visitaban, desde Manhattan, desde Brooklyn, desde mucho más lejos. El auténtico nombre de Val era Vassily y vivía en Inwood; Nick quería ser crítico de arte, pero de momento trabajaba en un banco cuyas paredes, eso sí, lucían cuadros muy caros. Tom era un feroz radical de extrema izquierda: en la universidad leía la *Fenomenología* de Hegel; en Nueva York, básicamente, se dedicaba a leer los textos políticos de Lomaski. Toby vino de visita desde Milwaukee y se dedicó a dar vueltas por la ciudad, con la cabeza torcida hacia arriba para ver las lejanas cimas de los edificios; se le daban bien los ordenadores, pero quería dedicarse a escribir. Sam vino de Boston y siempre estaba hablando de Israel: ahora hasta tenía una novia israelí.

Era 1998. Mark y Sasha y sus amigos desempeñaban los siguientes oficios: traductor, vigilante de sala, oficinista del *New York Times*, becario en una web, banquero de inversiones... Becarios, becarios, becarios.

Mark siempre había sido tacaño, pero en la universidad esa tacañería devino radical. Se fue a Rusia para investigar un proyecto y conoció a una chica. La muchacha tenía unos enormes ojos verdes, iba siempre muy erguida y caminaba como una bailarina, con el talón justo por delante de los dedos de los pies, y hablaba inglés con una reserva tan correcta y tan del viejo mundo que a Mark le entraban ganas de ayudarla, abrazarla y decirle que todo estaba bien. Un día, después de las clases, salieron a tomar

un café, o algo parecido... No había ni un sitio en todo Moscú donde sentarse, a no ser que lo hicieras en el exterior, que es lo que acabaron haciendo, y luego, como había oscurecido, él se ofreció a acompañarla a casa en el metro.

—No tengo la impresión de que realmente te apetezca —repuso ella, toda educación.

¡Pero vaya si le apetecía! Era pequeñita, con sus grandes ojos verdes, y el trayecto en metro duró casi una hora —ella vivía al final de la ciudad, en el genuino extremo sur de la extensa metrópolis—, y cuando salieron del metro, a Mark se le cortó la respiración. Las hileras de casas, altos y grises edificios socialistas de nueve pisos, trece pisos, diecisiete pisos, cada uno de ellos con sus balcones a punto de desplomarse, cada uno de ellos más gris que el de al lado, se extendían hacia el horizonte como una maciza columna. Mark estaba aterrorizado.

—¿Vives aquí? —le preguntó a la chica, a Sasha, aunque lo lamentó de inmediato.

—Sí —repuso ella.

Después de eso, sólo era cuestión de tiempo el que se le declarara. Tres años después, estaban en Nueva York.

¡Practicando el ahorro! Aunque en el caso de Mark, a su manera. Tenían un 4 x 4, regalo del padre de Mark, y éste se ponía al volante para llegar hasta el enorme Pathmark del Bulevar Norte. Una vez allí, alcanzaba la serenidad de un maestro zen. La gente de Queens iba de un lado para otro, ciegos de ansia por todo aquello que deseaban. Otros disponían de cupones y los blandían cuidadosamente, cual expertos en moneda falsa, ante las cosas en las que confiaban ahorrar, asegurándose de que eran lo que buscaban. Mark nunca tenía que hacer algo así. Se había desprendido de cualquier adicción a una comida en concreto. Lo único que veía era lo que ya estaba a la venta. De esta manera, conservaba la calma, probaba comidas nuevas y ahorraba.

Se ajustaban al presupuesto. Al comienzo de la semana, se otorgaban a sí mismos setenta dólares para comida y transporte. ¿Imposible? Pues básicamente sí, imposible, a no ser que nunca fueras a un bar «para tomar una copa», que nunca entraras en un restaurante y que nunca comprases una prenda de vestir en un local que no fuese el del Ejército de Salvación de la calle Spring con Lafayette. Sasha nunca dejaba de sorprenderse.

—Ahí entran chicas con zapatos de trescientos dólares —informaba—, pero buscan una chaqueta o una blusa que les haga parecerse a mí.

—Mientras que tú ya eres igual a ti —le decía Mark.

—*Tak* —concluía Sasha—. *Imenno tak*. Exacto.

Y lentamente, el ruso de Mark iba mejorando. Ahora se ganaba precariamente la vida traduciendo manuales industriales al inglés. Sasha le ayudaba. El resto de su tiempo, Mark lo dedicaba a leer Historia soviética y a preguntarse si debería enviar una solicitud para los estudios de posgrado. Sasha trabajaba en una galería y pintaba acuarelas. Pensaba que debían tener hijos. Era 1998 y todos los demás eran ricos.

Sus amigos aparecían y Sasha los alimentaba. Todos juntos discutían y discutían... ¡Había tanto de lo que discutir! Val hojeaba sus libros de arte y hablaba de pintores... De Goya, de Rembrandt. Sasha le habló de los pintores de iconos rusos, de la profunda influencia del anti representacionalismo religioso en el arte ruso. Tom narraba los últimos avances políticos. Sam hablaba de Israel y del mundo literario: quién publicaba en *The New American*, quién publicaba en *Debate*. Mark escuchaba y observaba. Era evidente lo que algunos de ellos harían con sus vidas; para otros, la cosa no estaba tan clara. En el caso de Mark, por ejemplo, era una nebulosa.

De vez en cuando, Sasha y él protagonizaban unas peleas terribles. Ella era tan tranquila, tan pequeñita. Un día quedaron en la ciudad para ver una película gratis en el parque Bryant. Mark ya estaba en la biblioteca de la calle 42 y Sasha aún se encontraba en casa, así que le tocaba traer la comida. Pero tenía prisa y se olvidó. Mark intentó ocultar su enfado, mientras deambularon un rato por la zona en busca de un sitio para comer. Finalmente, entraron en un *deli*. El bar de ensaladas estaba cerrado. Los bocadillos costaban seis y medio, siete dólares. Mark llegó a la conclusión de que se las apañaría con una chocolatina, pero que Sasha tenía que comer.

—No pasa nada —dijo ella—. No necesito comer.

—Tienes que comer algo —insistió él—. La película es larga.

—No, estoy bien.

—¡PIDE UN BOCADILLO!

—*Bozhe moi* —dijo ella, Dios mío, y sin añadir nada más salió del establecimiento. Él la siguió en silencio y sin chocolatina. No fueron a ver la película.

Cosas así. Y a veces Sasha se quedaba en la cama días enteros y se negaba a levantarse. Pero todo eso pasaba, solía pasar, y además estaban juntos en esto. En caso de emergencia, cosa que nadie dudaba, Mark conseguiría un empleo auténtico. Así que se habían jurado evitar las emergencias. O tal vez sólo Mark había hecho tal juramento. Había otros asuntos, claro está. Siempre hay otros asuntos.

Básicamente, Mark, Sasha y sus amigos se interesaban por la Historia y por sí mismos. Leían y escuchaban y escribían y discutían. Pero ¿qué iba a ser de ellos? ¿Eran lo suficientemente buenos, lo suficientemente fuertes, lo suficientemente listos? ¿Eran lo bastante duros, lo bastante malos, creían lo bastante en ellos y se mantendrían unidos cuando pintaran bastos, dirían siempre la verdad a pesar de las consecuencias? Tenían razón en lo de Al-Shifa, tenían razón con lo de los asentamientos. Con respecto

a Kosovo, tenían y no tenían razón. Pero ¿qué pasaría si se lo perdían? ¿Qué pasaría si *algo* estaba ocurriendo en Nueva York, a unas manzanas de casa, qué pasaría si conocían a alguien al que le estaba pasando *algo* o a alguien que hacía que pasara *algo*... qué pasaría si no se enteraban de nada? ¿Y si no se trataba de ellos?

En su apartamento, en su bonito apartamento de Queens, Mark y Sasha sólo sabían que se tenían el uno al otro. Y también sabían —ya en 1998 eran conscientes de ello— que con eso no bastaba.